

LACAN

NÚMERO 8 * ABRIL 2020

DEMARCA ACIONES

·REVISTA LATINOAMERICANA DE ESTUDIOS ALTHUSSERIANOS·

COMO INTÉRPRETE
DE LA **CRISIS DEL**
CAPITALISMO

EL GOCE DEL CAPITAL. HIPÓTESIS PARA LA RECONSTRUCCIÓN DE UN PSICOANÁLISIS MARXISTA

Emiliano Exposto¹ & Gabriel Rodríguez Varela²

Si el goce es producido, y es producido como excedente y como posible fuente de ganancia, entonces el inconsciente parece tener la misma estructura que el modo de producción capitalista. Pero también a la inversa, la estructura capitalista está inscrita en el inconsciente. Lo que nos lleva aquí a discernir una tesis: el capitalismo es inconsciente.

Samo Tomšič, “La homología Marx y Lacan”.

El capital gana un plus-de-goce: un excedente de goce, un plus de satisfacción de la pulsión de muerte, un suplemento de transformación de lo vivo en lo muerto, del goce concreto en goce abstracto [...]. Hay que insistir, empero, en que este plus-de-gozar es una abstracción, ya que el capital, siendo una cosa insensible, no puede gozarse por sí mismo, sino sólo a través de aquellos a quienes posee, pero entonces no son exactamente ellos quienes gozan y ganan, sino que es el vampiro del capital que los posee como un demonio, que goza de ellos, a través de ellos, y que también los hace renunciar a cualquier goce.

David Pavón-Cuellar, “Plusvalor, plus-de-gozar y plus-de-privación”.

¹ Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires-Conicet. Contacto: emi_07_e@hotmail.com.

² Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires. Contacto: gaborodriguezvarela@gmail.com.

0.

Este texto es resultado de los encuentros del seminario colectivo “Problemas de marxismo y psicoanálisis” que llevamos adelante desde la *Cátedra Abierta Félix Guattari* en la Universidad de los Trabajadores que funciona en la fábrica recuperada IMPA de la Ciudad de Buenos Aires perteneciente al movimiento nacional de empresas recuperadas (MNER). El seminario se enmarca hacia el interior de un proyecto ampliado de reconstrucción intergeneracional de las teorías críticas de la sociedad en el cual también están implicadxs compañerxs de otros espacios a partir de estas u otras tradiciones, perspectivas, e inquietudes. Nuestro desafío es intentar contribuir a ese proyecto con la construcción de una *orientación comunista en psicoanálisis*. En distintos talleres de formación, intervenciones en instituciones, publicaciones y espacios de co-visión, ese programa de investigación se materializa a través de la reelaboración de aquello que denominamos *psicoanálisis marxista*. El cual se produce en la intersección política de una orientación clínica de la crítica y una orientación crítica de la clínica. El establecimiento de algunos lineamientos teóricos mínimos de una orientación comunista en psicoanálisis es el motivo central del libro *El goce del Capital. Crítica del valor y psicoanálisis*, de próxima publicación por la Editorial Marat.

1.

Concebimos ese proyecto como parte de un esfuerzo común de experiencias desde abajo y a la izquierda que vienen desarrollándose en la dirección de recomponer la correlación de fuerzas en psicoanálisis, haciendo del mismo un *campo de batallas* en lo que hace a sus sentidos culturales, teóricos, políticos y clínicos. Este texto se pretende una plataforma para posibles aliadxs estratégicxs y para la construcción de alianzas tácticas a través de las cuales radicalizar una confrontación deliberada contra las prácticas de saber, poder y subjetivación dominantes en el psicoanálisis de la argentina post-dictatorial. Nos centramos en el problema teórico y clínico del goce tal y como se presenta actualmente en las prácticas establecidas del psicoanálisis hegemónico. Por lo que no nos adentraremos en una exegesis de textos de Lacan, Freud, u otrxs; incluso intentaremos emplear la menor cantidad de citas posibles, buscando un *uso* de la tradición. Tampoco haremos un estado de la cuestión sobre los problemas del goce y su relación con el capitalismo. Primero nos adentraremos en ciertos *sentidos implícitos* en el psicoanálisis dominante. Entendemos que a pesar de sus diversas y divergentes tendencias públicas, en el problema del goce se juega un punto ciego elemental de la política no-dicha de cierto psicoanálisis. Y luego, desarrollaremos algunas hipótesis en torno a la reescritura categorial de la relación entre sufrimiento psíquico y goce inconsciente en la modernidad, en las cuales buscaremos articular tanto la concepción freudiana de la satisfacción compulsiva como también la noción lacaniana del automa-

tismo de repetición atravesados, en lo principal, por la reinterpretación categorial de la teoría crítica de Marx operada por la llamada crítica del valor (Postone, Kurz, Scholz, Jappe, etc.) y ciertos aportes del esquizoanálisis deleuziano-guattariano en torno a la producción inconsciente.

2.

Lxs “gigantes del Sillón”, tal como llamaba Masotta a los sectores dominantes del “campo psi”, son los encargados de divulgar la tendencia hegemónica de la orientación burguesa del psicoanálisis; esto es: el millerianismo como forma concreta del freudo-lacanismo. En la mayoría de las prácticas “psi” sobre las que ha avanzado el despotismo de la Maquina-Miller, lxs gigantes y cuadros medios operan la función de adoctrinarnos a lxs practicantes (futurxs o actuales) a través de una serie de referencias cardinales en torno al goce que harían a la quintaescencia del quehacer clínico en psicoanálisis. En ese marco, pretendemos contribuir a poner en evidencia algunos de los *presupuestos teórico y políticos inconfesados* de tales referencias dominantes, con las cuales nos hemos encontrado a raíz de nuestro trayecto en la Facultad de Psicología de la UBA, escuelas y colegios de psicoanálisis, conversaciones de pasillos en los hospitales e instituciones públicas, discusiones en jornadas, encuentros informales, etc. (si usted transitó por allí, probablemente también las ha encontrado). A tales fines, decidimos comenzar haciendo uso del recurso cuasiliterario de la “viñeta clínica” (por caso, una viñeta de la clínica que transmite el psicoanálisis hegemónico):

Enseñan lxs gigantes del Sillón... “tomen nota y nunca lo olviden si lo que quieren es hacer clínica psicoanalítica. En lo fundamental, hacer *Psicoanálisis* no es más que esto. Voy a resumírselo. Entregárselo, como suele decirse, “en bandeja”. Si alguien no puede dejar de sufrir por “x” es porque inconscientemente, aunque no lo sepa, “aunque no quiera saber nada de Eso”, está gozando. En la repetición de ese sufrimiento, la persona que sufre, obtiene una ganancia; una satisfacción pulsional sustitutiva y paradójica, un beneficio del cual no “quiere” renunciar (¿inducen a imaginar o explicitan lxs gigantes del Sillón: “se queja pero le gusta”?). Por esto, hay que hacer que se asuma responsable en tanto sujeto de ese goce. Tiene que advertir la ganancia que obtiene en el sufrir. Al final, tendrá que identificarse al síntoma. Tendrá que aceptar ese goce es de origen; resignarse y asumir que esa satisfacción en el sufrir singular es constitutiva. Es destino. No podrá devenir otra cosa. No podrá hacer otra cosa: solo resignarse y aceptarlo. Atravesarlo. Aceptar la castración. Es una cosa que goza; por constitución garante de su goce (privado). ¡Atención, esto es car-

dinal! De nuestra parte, es fundamental estar impasible en torno a la presuposición de mala fe respecto al analizante. Ya lo enseñó Freud: siempre hay que sostener un estado de sospecha respecto a las “no ganas” de dejar de sufrir, de dejar de gozar, de quien consulta y también de quien se analiza. Nadie “quiere” renunciar al goce (¿inducen a imaginar o explicitan lxs gigantes del Sillón: “sufre, se queja, pero goza”?). Si en análisis alguien expresa que sufre, o que no puede dejar de sufrir por “x” asunto, en realidad lo que pasa es que no quiere dejar de gozar. No hay que perderlo de vista. No quiere. No tiene ganas. Por eso, si el tratamiento se ve interrumpido: no se preocupen, no se cuestionen por demás. Los tratamientos no continúan porque el analizante no quiere renunciar a su goce. Mucho goce mortífero. Muy poco “coraje moral”. No ha sido lo suficientemente valiente. No quiere hacerse responsable. “No se anima”.

3.

No lo saben pero lo hacen. La viñeta recientemente compartida permite vislumbrar las referencias prácticas “cardinales” del psicoanálisis dominante. Por si no se ha notado ya, por si no lo hemos puesto demasiado sobre relieve, entendemos que la metabolización acrítica de tales referencias para la práctica psicoanalítica involucra la (re)producción de un *punitivismo individualista sobreculpabilizante de la persona que sufre* (“sufre porque le gusta”; “se queja pero le gusta”; “se queja pero no quiere dejar de sufrir”; “no deja de sufrir porque no quiere dejar de gozar”, son todos enunciados que hacen a la tan mentada “imaginación” clínica transmitida por lxs gigantes del Sillón). Tales premisas están sostenidas en una persistente deshistorización de las relaciones de poder y/o en una insistente individualización de los conflictos del malestar psíquico que encuentra solución institucional de compromiso en el paradigma de la “responsabilidad subjetiva”.³ Esos mecanismos de saber-poder que hacen al punitivismo “psi” asimismo fundan y legitiman un dispositivo histórico de subjetivación que conlleva a una suerte de “sospecha paranoica” de mala fe como estado de ánimo paradigmático. Ahora bien, el problema político que buscamos señalar, obviamente, no es, no somos, no se reduce, a lxs practicantes y tampoco a lxs gigantes y cuadros medios en tanto que personas particulares. Pero esto no prescinde de resaltar el involucramiento inconsciente, la ads-

³ “Del original ‘Conócete a ti mismo’ se ha arribado a ‘Hazte cargo’. Además de estar en contra, en oposición absoluta, a esta orientación en psicoanálisis (no por supuesto para la justicia o la ciencia forense) dejo bien fundada la lectura que establece que la incorporación a los fundamentos del psicoanálisis de la ‘responsabilidad subjetiva’ no es una posición del psicoanálisis obtenida de su práctica específica ni de las concepciones de Lacan, sino una concesión del psicoanálisis a la moral capitalista en la que habita”. Eidelstein, Alfredo. “La responsabilidad subjetiva”. *El Rey está desnudo*, N° 8, año 8, 2015, p. 11.

cripción ideológica más o menos deliberada, o la acepción sin cuestionamiento público por mera conveniencia económica o profesional a nivel personal, de las formaciones discursivas que dinamizan la reproducción de un tal punitivismo psi (algunas cátedras universitarias, las corporaciones que dominan instituciones privadas y/o públicas, o el autoritarismo de lxs gigantes del sillón, dan cuenta de esto evidentemente). En última instancia, el problema que nos interesa poner de relieve son las consecuencias políticas y clínicas de las *relaciones sociales* que organizan las funciones, las fuerzas, los agentes, las divisiones del trabajo social (intelectual/manual), las jerarquías clasistas, sexo-generizadas y racializadas que configuran los medios de producción, distribución, intercambio y consumo que reproducen el psicoanálisis hegemónico en Argentina.

4.

La cuestión del goce en el millerianismo actualiza la eficacia de la edipización psicoanalítica puesta en cuestión por *El Anti-Edipo* de Guattari y Deleuze. He allí la plena vigencia de cierto psicoanálisis como “policía del alma” (Foucault). El constructo milleriano en torno al “goce singular” garantiza la jurisprudencia burguesa y su patíbulo a nivel de la producción inconsciente de la dominación patriarcal-capitalista en la práctica clínico-terapéutica del psicoanálisis. Por su *eficacia fetichista*, la Máquina-Miller que subtiende el lacanismo es un problema para el marxismo y las teorías críticas cuando nos disponemos intersectarnos o dialogar con los *archivos* del psicoanálisis. Lxs practicantes y docentes, en gran medida lxs divulgadorxs y cuadros medios, como productores y productos de tal organización histórica de las relaciones sociales de sujeción/subjetivación en el “campo psi”, se encuentran dificultadxs (cuando no imposibilitados por ciertos compromisos editoriales, epistemológicos, institucionales, afectivos, comerciales, ideológicos, etc.) a poner en cuestión la dinámica interpretativa de la que son producto y la cual asimismo reproducen. Asimismo, parecen estar bloqueados a la hora de calibrar los efectos políticos que involucran las afirmaciones teóricas en las que fundan y referencian sus quehaceres clínicos, según son establecidas por “la clase dominante y la clase de palabras dominantes” (Guattari) en psicoanálisis. Esto es: el lacanismo en tanto regla incuestionable instaurada por los vencedores como resultado de la correlación inestable de fuerzas en el campo psicoanalítico post-dictatorial. En la emergencia histórica del lacanismo como psicoanálisis dominante, en efecto, hay lucha y terror. No olvidamos la genealogía coyuntural que le dio origen: la última dictadura cívico-militar.

5.

En lo que hace al problema del goce, la tendencia hegemónica del psicoanálisis opera como un bloque más o menos homogéneo. El millerianismo teórico (el Lacan esta-

blecido y achurado por Miller) subsume las diferencias surgidas por rencillas de poder entre las diferentes escuelas e instituciones. En lo que atañe al saber, no hay demasiadas diferencias en las cuestiones básicas del tema que aquí tratamos. En lo que hace a las consecuencias políticas, tampoco. La hegemonía del lacanismo es un modo histórico de dominación política y cultural en psicoanálisis que se caracteriza por la capacidad de presentar su propio interés particular y las condiciones de su propia expansión como intereses y condiciones para la expansión del psicoanálisis en general. Presentando las condiciones de su reproducción particular como condiciones de la reproducción del conjunto social de lxs trabajadorxs del “campo psi”. Esto se traduce en diversos mecanismos institucionales de resolución de conflictos y en la metabolización de las iniciativas potencialmente disruptivas en una lógica de otorgamiento de concesiones. Es decir, las relaciones de fuerzas en el campo de combates del psicoanálisis, aunque intensas, son prontamente neutralizadas “por arriba” (sea por represión o terror institucional, sea por concesiones parciales “políticamente correctas”).

6.

Sobre el problema del goce hacia el interior del psicoanálisis lacaniano en Argentina, en términos categoriales, hasta donde llega nuestra información y conocimiento, sólo encontramos distinciones significativas en torno al programa de investigación que dinamiza el “psicoanálisis eidelszteniano” (*APOLa*). Pero en general en la tendencia hegemónica del psicoanálisis burgués es evidente la eficacia histórica de una serie de prácticas discursivas (y no discursivas) que si bien se tensionan y entran en conflictos transitorios lo hacen sobre un “fondo de positivities” (episteme) que parece cercenar desde-el-vamos los términos del debate. Al parecer no hay nada por decir: Lacan ya habría sido elucidado. El psicoanálisis, se escucha, es esencialmente subversivo; es quintaesencia del criticismo radical; es libertario, se lee. No hay que dar razones de lo que se dice. Pero ya se percibe: con el lacanismo milleriano en el poder del saber, el psicoanálisis ha devenido mística (o en el “mejor” de los casos, poesía). ¿Cuánto de monoteísmo secularizado hay en la transmisión del Verbo, es decir la “enseñanza” establecida y dogmatizada, de Lacan? ¿Qué queda entonces del psicoanálisis como “ciencia conjetural”, o como teoría crítica de la sociedad, o como práctica de transformación inmanente de la constitución subjetiva? ¿La reclusión “psi” al ámbito privado de la llamada “clínica individual” es un decantado resultante del privatismo político y reduccionismo teórico (sea estructural, personal, familiarista, etc.) del lacanismo?

7.

El problema del goce es un tema clave de la confrontación teórica y política que nos disponemos dar al interior del “campo psi”. Se torna evidente que, en cierto sentido y hasta cierto punto, el problema en el campo teórico del psicoanálisis ya no es *Edipo*. Al menos, no inmediatamente. Podemos estar seguros que no lo es a nivel de la autopercepción que prima en el mundo de lxs practicantes y lxs gigantes del Sillón. Aunque en menor medida, al parecer, tampoco es un problema en los programas de las cátedras universitarias. No obstante, digámoslo: el concepto de goce milleriano es el nombre “actual” del Edipo. *Ese goce es Edipo Coronado: la fase superior de la edipización en psicoanálisis*. Es en torno a la noción de goce que actualmente se configuran los enunciados (el ¿qué?) que delimitan los visibles, los audibles, o los legibles de las prácticas y el dispositivo (el ¿cómo?). Y concomitantemente, lo que quedara forcluido de los fenómenos que producirá la experiencia clínica. He allí el meollo categorial que anuda inconfesadamente al psicoanálisis con la reproducción del mundo burgués. En ese marco, se presenta la necesidad de relanzar una especie de Anti-Edipo en el siglo XXI. Producir colectivamente lo que podríamos llamar *El Anti-Goce*. Elaborar contra-conceptos, recuperar archivos culturales, restituir legados políticos, habilitar prácticas deliberadamente dispuestas a problematizar, organizarse, confrontar y luchar por la superación de la consideración burguesa del psicoanálisis en particular y del lacanismo hegemónico en general. Lo que hemos denominado psicoanálisis marxista no es sino nuestro intento de asumir en “nombre propio” ese desafío común.

8.

El lacanismo hace sistema con el sistema productor de sufrimiento. Comporta una forma indirecta de dominación burguesa sobre la producción inconsciente (deseante y semiótica). Ese psicoanálisis no es una simple disciplina ilustrada o profesión liberal. Es también un movimiento político, cultural, institucional y religioso que concentra el poder y la legitimidad en torno a la producción, circulación y consumo de discursos en torno al padecimiento psíquico, las sexualidades, las formas de subjetivación, etc. La cuestión política en psicoanálisis no se resume al diván, a una línea teórica específica, o a una escuela determinada, sino a la politización práctica de lo inconsciente pues éste se produce (y es necesario producirlo) en todos los recovecos de lo social. La politización en el psicoanálisis suele resumirse a lo “súper-estructural”: firmar solicitudes, hacer declaraciones públicas en diarios, conferencias y redes sociales, etc., en torno a las coyunturas políticas del presente. Ese importantísimo modo de politización, por momentos escotomiza la posibilidad de transformar políticamente tanto la teoría como la práctica clínica en un contexto donde el mismo psicoanálisis atraviesa una crisis relevante desde hace cierto tiempo.

9.

El carácter de hegemónico no sólo refiere de soslayo a la dominancia que ejerce en términos de correlación de fuerzas hacia el interior del campo psicoanalítico postdictatorial. En lo fundamental, remite a que el lacanismo es hegemónico porque funda y promueve *Un psicoanálisis* en función de las relaciones sociales de dominación de un patrón de subjetivación binario y mayoritario.⁴ Esto es: a) *el lacanismo es y promueve Un psicoanálisis profundamente clasista* (corolario: no por nada ciertos psicoanalistas lacanianxs niegan que se pueda hacer análisis “de verdad” en los hospitales públicos y otros centros de salud, siendo sólo posible de acceder a la verdad del mismo si se disponen de los privilegios que permiten acceder al consultorio privado de el/la psicoanalista); b) *el lacanismo es y promueve Un psicoanálisis profundamente patriarcal* (corolario: no por nada psicoanalistas lacanianxs piden a gritos, en términos sociales e históricos y a “nivel de la clínica”: ¡Falta Nombre/s del Padre!, ¡Falta más y mejor Castración! ¡Falta Autoridad! ¡Falta más orden del Padre!... ¡Falta más mano dura!); c) *el lacanismo es y promueve Un psicoanálisis profundamente racista* (corolario: no por nada psicoanalistas lacanianxs suelen utilizar la expresión “pobreza simbólica”, “poca tela” y/o “pocos recursos simbólicos” para referirse a lo que consideran cierto “atributo personal”; y causalmente, las personas en lxs que recaen esos atributos las más de las veces, por no decir todas, pertenecen a sectores populares y/o son hermanxs latinoamericanxs que han migrado, en ocasiones, forzosamente a la Argentina. Aunque usted no lo crea, sirviéndose de esas categorías, psicoanalistas lacanianxs llegan a hacerse preguntas tales como: “¿lxs bolivianxs pueden ser analizables?” “¿lxs indígenas tienen inconsciente?”; esos son literalmente términos que emplean y problemas que se plantean, puertas adentro, en las reuniones de camarillas); d) *el lacanismo es y promueve Un psicoanálisis heterocentrado* (corolario: no por nada la gran mayoría de lxs psicoanalistas lacanianxs recién ahora empieza a considerar la posibilidad de sospechar un poquito de las consecuencias heteronormativas de la tan mentada “centralidad del falo” en “la estructura”; ni que hablar de las prácticas normativas que promueven en publicaciones, conferencias, atenciones, etc.); e) *el lacanismo es y promueve*

⁴ Compartimos experiencias a propósito de lo que se ha denominado *One Psicoanálisis* y sus (im)posibilidades de intervención en hospitales, grupos militantes, movimientos sociales y espacios no convencionales en la *Primera Jornada de Salud mental, política y lógica del capital* organizada por la Cátedra Guattari a mediados de 2019. Actualmente estamos llevando adelante un espacio de covisión con compañerxs practicantes en ciertas “intervenciones psi” en los movimientos sociales. Y, junto a camaradas psicoanalistas con inserción en el Hospital Ameghino, estamos participando en el armado de un dispositivo de cooperación situacional con grupos políticos a fines y activismos en los que participamos. Esto lo llamamos por ahora, a partir de Félix Guattari, “análisis militante”. Nuestras preguntas de partida, básicamente, son las que se hace Deleuze en el prólogo al *Psicoanálisis y transversalidad* de Guattari: ¿De qué forma introducir la política y la lucha de clases en la práctica y la teoría psicoanalíticas, una vez dicho que estamos advertidos de que la política y la economía política constituyen lo inconsciente mismo)? ¿Cómo el psicoanálisis en los grupos militantes y activismos sociales-políticos? ¿De qué manera autoformar grupos específicos para construcción del inconsciente en las organizaciones políticas y movimientos populares?

Un psicoanálisis profundamente cis-sexista (corolario: hoy en día en ciertas cátedras universitarias gobernadas por el millerianismo puede escucharse a gigantes del sillón enseñando que habría una relación indisociable entre “transexualismo” y psicosis, y entre “travestismo” y perversión (esos son los términos que emplea el lacanismo en los vínculos que establece y enseña); y f) *el lacanismo es y promueve Un Psicoanálisis colonial en todos sus poros a nivel del saber, patriarcal en sus modos de construcción de poder y normalizante en sus formas de subjetivación*. En consecuencia es posible afirmar que por denegar todas o algunas de esas desigualdades históricas (a la cual se podrían agregar tantas otras...), llegando incluso a patologizarlas o invisibilizarlas, el lacanismo es la forma concreta que asume un dispositivo autoritario de poder y enunciación que controla, vigilia y disciplina los sentidos en torno al padecimiento de los cuerpos afectados de inconsciente.

10.

En nuestra confrontación deliberada contra el lacanismo, lo que hemos denominado psicoanálisis marxista se referencia en los aportes locales de Silvia Bleichmar, Enrique Pichón Rivière, Marie Langer, José Bleger, León Rozitchner, entre otrxs. A nivel internacional abrevia en las elaboraciones del freudomarxismo de Wilhelm Reich implicado en la lucha contra el fascismo, la izquierda freudiana involucrada en los “problemas subjetivos” de las organizaciones bolcheviques en la revolución rusa, el esquizoanálisis de Félix Guattari, etc. Nos resulta fundamental la conservación de ese archivo que ha llevado adelante la revista y editorial *Topia* en Argentina. Estamos al tanto de los esfuerzos realizados por compañerxs que vienen recuperando el legado de la psicología crítica y la crítica de la psicología desde una perspectiva marxista (por ejemplo, la obra de Vygotsky). Los cuestionamientos realizados por Michel Foucault, las teorías de género (Butler, por caso), los estudios decoloniales y los feminismos al psicoanálisis burgués son una premisa histórica ganada al calor de luchas de saber que no podemos obviar. El libro *Encrucijadas de psicoanálisis y marxismo. Ensayos sobre la abstracción social* (2018) de Omar Acha consideramos que hoy en día es la referencia quizás más importante para repensar otro “anudamiento” (Farrán) entre marxismo y psicoanálisis en el siglo XXI. Aquella tradición subterránea del psicoanálisis preocupada por las convergencias entre lucha social, producción inconsciente y ciclos del patriarcado capitalista, sepultada tras las derrotas de los proyectos revolucionarios del siglo pasado, constituye una referencia elemental y el antecedente ineludible para cualquier pretensión de reformular los términos teóricos y clínicos de un psicoanálisis de orientación comunista. Es decir, un análisis orientado no en función de lo que debería ser (idealismo), sino a partir de las crisis y contradicciones de lo que ya está siendo (materialismo). Sólo en ese marco, es decir recién luego de estar asentadas tales referencias en dialogo

abierto con otras perspectivas críticas como los feminismos y estudios decoloniales, nos imbuimos en la *relectura categorial* (y laica) del pensamiento de Jacques Lacan o Sigmund Freud.

11.

Buscamos una intervención generacional en el marco de un dialogo intergeneracional. Nos dirán que le exigimos mucho al psicoanálisis. Y es cierto. Le exigimos dejar de ser tal y como lo conocemos. O dejar de ser. Pues habida cuenta de que la producción inconsciente es universal y que el malestar social se generalizada en todos los rincones de las relaciones sociales, por qué dejar esos problemas políticos, teóricos y clínicos en manos de una corporación dogmatizada. Así las cosas, la recomposición de una orientación comunista en psicoanálisis presupone, sin negar las “incumbencias particulares” de tales prácticas, la imposibilidad de sortear la inmixión de la praxis política-revolucionaria y la praxis clínico-terapéutica. Y esto porque entendemos que la encrucijada entre marxismo y psicoanálisis, junto a otras tradiciones, se nos presenta indispensable por una *necesidad del objeto*: el análisis de las determinaciones inconsciente y padecimientos que se producen en las relaciones concretas de “transformación subjetiva” ofician como el reverso necesario, mas no suficiente, de la construcción “propriadamente política” de hipótesis estratégicas, organizaciones programáticas y posicionamientos tácticos usualmente dirigidos a los procesos de las “transformaciones objetivas”. La lucha en el frente de los conflictos sociales y el antagonismo de clase no puede prescindir del *análisis militante* de las producciones inconscientes que subtienden y sobreterminan la acción política (micro y macro). Por todo esto, llamamos a disputarle la propiedad privada y pública relativa a las prácticas de saber y subjetivación sobre los cuerpos afectados de inconsciente a la burguesía psicoanalítica en cada lugar donde ocupa los sectores de poder (hospitales, universidades, instituciones, revistas, editoriales, etc.).

12.

La problematización del lacanismo en general y de la noción milleriana de goce en particular se inscribe también en el marco más amplio de que lo denominamos *giro malestarista de las nuevas teorías críticas*. Y esto a los fines de entablar una conversación abierta con las preguntas por el malestar que proliferan actualmente en los activismos y teorías políticas. En el contexto histórico de una crisis generalizadas de la sociedad capitalista (crisis de la reproducción social, crisis de los cuidados, crisis de acumulación capitalista, crisis ecológica, crisis en la constitución subjetiva, crisis en las instituciones, etc.), el ciclo en curso de la lucha de clases, la coyuntura política de mediana duración,

la situación de las organizaciones políticas, las luchas de los movimientos populares, los llamados “devenires micro-fascistas de la derecha social”, el efecto de los desarrollos tecnológicos, entre otras cuestiones, evidencian la intensificación y expansión de formas complejas de malestar que las mismas relaciones sociales establecidas producen en los cuerpos individuales y colectivos. Esto produce una progresiva democratización en los modos de interrogación, politización y teorización de ese padecimiento ampliado. En cierto sentido, asistimos a una proliferación de la *función analítica* hacia diversas prácticas concretas: militantes, pedagógicas, artísticas, etc. Podríamos llamar giro malestarista de la teoría crítica y de la práctica (micro) política al intento de problematizar los factores etiológicos y los alcances epidemiológicos (depresión, agresividad, ataques de pánico, etc.) que operan en el capitalismo contemporáneo. Los textos de Franco “Bifo” Berardi, Santiago López Petit, Byung-Chul Han, Sara Ahmed, Diego Sztulwark, Suely Rolnik, Mark Fisher, entre otros, podrían ubicarse como referencias fundamentales hacia el interior de dicho giro de las prácticas y teorías actuales (con un sesgo principalmente “autonomista”). Por otro lado, los últimos trabajos de Jordi Maiso, Anselm Jappe, Rahel Jaeggi, y en parte Axel Honneth, son una muestra que patentiza la presencia de la inquietud por el malestar en el campo de las teorías críticas de raigambre marxista. Todo esto pone en escena una nueva y potente forma de aquello que Boltanski y Chiapello, en *El nuevo espíritu del capitalismo* (1999), denominaron “crítica artista”. Partiendo de una imprescindible reivindicación cualitativa de las diferencias y “formas de vida” que no cuajarían en la “identidad” y en el “modo de vida neoliberal”, esta modulación de la crítica artista tiene un objetivo común que consistiría en “desprivatizar” y “colectivizar” ese malestar que se vive como personal por causa de las formaciones subjetivantes del capitalismo. Y esto compartiendo la intuición de que los nuevos conflictos sociales también se juegan en el corazón de esos procesos colectivos de politización del síntoma social.

13.

El giro pone en escena el problema del capitalismo como “cultura del malestar”. Ya se ha vuelto tan evidente como insoportable: el orden clasista, sexista, racista, patriarcal, colonial, cuerdista, capacitista, etc., del capitalismo produce malestar. Ahora bien, podríamos conjeturar que las mismas condiciones históricas de la dominación capitalista habilitan, como su reverso, esas posibilidades de contestación inmanente identificadas a grandes rasgos con el giro malestarista. En tal sentido, ciertas modificaciones “biopolíticas” y en los regímenes históricos de gubernamentalidad (“poder terapéutico”, “medicalización”, “salutismo”, etc.) son el anverso de un conjunto de prácticas de subjetivación que politizan el malestar que esas relaciones de poder-saber del capitalismo producen en el cuerpo. Los argumentos más relevantes y extendidos

se sostienen en la idea de que la competencia generalizada, el hiperconsumismo, la aceleración en los procesos de información, las exigencias cognitivas difíciles de procesar para la atención de la mente, la ofensiva autoritaria del capital, la precarización de las vidas, el incremento e intensificación del endeudamiento generalizado, la “desensibilización” y “financierización” de lo social, la “cuantificación algorítmica” y la “virtualización” del lazo social, etc., serían múltiples causantes de una exposición desigual ante la vulnerabilidad. Esto último se expresaría como un malestar hecho cuerpo que requeriría poner el foco de la resistencia política en la subjetividad entendida como “la madre de todas las batallas”. Nos sentimos aliados de esa experiencia teórica y política en curso, a la cual intentamos contribuir con la reconstrucción de un psicoanálisis marxista donde la clínica y la política se conciban como momentos inmanentes de un mismo proceso de *crítica social* con el horizonte estratégico de una transformación radical del modo de producción capitalista.

14.

El proyecto de reconstitución colectiva de una orientación marxista del psicoanálisis no podría prescindir de trazar alianza con compañerxs de ruta que vienen poniendo en pie discusiones sobre el carácter cis-sexista, binario y heteronormativo del psicoanálisis, o debates en torno al carácter colonial y eurocentrado de la tradición inaugurada por Freud. Este texto se hace eco de tales proyectos. Se inscribe en ciertos procesos de disputa en el “campo psi” que nos preceden y de los cuales nos nutrimos. Tal vez sea necesario configurar una herramienta política y cultural de articulación de tales experiencias. Una confluencia entre los movimientos de base que cuestionan el Verbo y, luego, soportamos solos las represalias de los custodios sacerdotales de la Sagrada Familia y la Santa Trinidad (Freud, Lacan, Miller). Imaginamos una red transversal de articulación en la cual socializar y mapear el malestar que la institucionalización actual del “mundo psi” nos suscita a raíz de sus abusos de poder, violencias silenciadas, relaciones de subordinación, etc. Con el objetivo de oponernos rigurosa y conjuntamente al lacanismo hegemónico. En ese marco, nuestras indagaciones en torno a un psicoanálisis marxista sería una *tendencia* entre tantas otras que apuntan en aquella dirección. Buscando componer un antagonismo contra la burguesía psicoanalítica en general y con lxs dirigentes nacionales y cuadros medios del movimiento en particular. Por eso no escamoteamos nuestra voluntad política tras las bambalinas de la “neutralidad”, el “corporativismo psi”, la “cientificidad”, etc. No queremos hacer gala de una especie de infructuosa posición anti-Lacan, pero tampoco obviamos las consecuencias problemáticas (clínicas y políticas) de cierta recepción de su “enseñanza”. Nuestra pretensión, en ese sentido, es politizar radicalmente desde una perspectiva crítica y anticapitalista el asunto del goce en el lacanismo. *Nuestro gesto es teórico y político.*

No moralista. Tampoco se trata simplemente de introducir la política en psicoanálisis, sino de sostener que la lucha de clases, las relaciones de poder y las contradicciones sistémicas del capital tienden a constituirse como la condición histórica de las producciones de lo inconsciente. Asimismo, no decimos que aquellxs que reproducen el esquema propuesto en la “viñeta-clínica” inicialmente mencionada sean “buena o mala gente”, sino que reproducen sin mediaciones el modo de vida capitalista en la práctica psicoanalítica. Lo hacen, a veces lo siente, pero incluso estando advertidos, no podrían dejar de hacerlo en la medida en que están orientados por la matriz hegemónica de subjetivación de la clase dominante. Nunca dejó de tratarse de una disputa en torno a las formas de vida; la creación de instituciones como proceso conflictivo de inteligencia colectiva. Por lo que entendemos que escrutar el problema teórico del goce conlleva a poner de relieve las consecuencias políticas que implica lo que habitualmente se afirma y se hace en psicoanálisis; incluso, o sobre todo, cuando se trabaja desde las “mejores intenciones”.

15.

Si no resulta útil la *demarcación* del psicoanálisis que llamamos burgués, es posible sortear nuestra distinción categorial. Se podría incluso recurrir a las connotaciones en boga: las fenomenológicamente evidentes. Por caso, considerar que cuando hablamos de tendencia hegemónica del psicoanálisis en tanto que burgués, una tal delimitación comprende tanto a las derivas millerianas abiertamente neoliberales como también a ciertas variables populistas del lacanismo que, a veces, se presentan algo confundidas con encomiables pero insuficientes esfuerzos autonomistas. En lo que hace estrictamente al problema conceptual, analítico y político del goce no se observan diferencias relevantes entre tales tendencias públicas del psicoanálisis lacaniano. Por eso, digámoslo sin eufemismos: el cuestionamiento teórico y político que desde una orientación marxista hacemos en torno al concepto de goce que subtiende los esquemas actuales del psicoanálisis dominante, se delimita sobre todo del millerianismo neoliberal: *forma ideológica* de la razón idealista de la burguesía psicoanalítica por excelencia; de escaso o nulo intereses en orientar hacia la politización de la cuestión; *enemigos de clase*, lisa y llanamente. No obstante, también pretende interpelar a nuestrxs *aliadxs* de la izquierda lacaniana, el marxismo lacaniano de herencia althusseriana y/o žižekiana, o la izquierda freudiana. Incluso buscamos alianzas con lxs foucaultianxs, feministas, teorixs queers, etc., que trabajan hacia el interior de los sectores más progresivos del psicoanálisis lacaniano, o en las adyacencias del “campo psi argentino” en general. Ante ellxs, negamos rotundamente que luego de la derrota/fracaso de las experiencias revolucionarias del siglo pasado y los “socialismo reales”, el psicoanálisis se tenga que autolimitar a una gestión progresista del orden simbólico del capital y el Estado. El

cuestionamiento radical del capitalismo y de la sociedad de clases no es una utopía derivada de una forma fantasmática que encubre la opacidad del lazo social (que pretendería una reconciliación de la sociedad y el sujeto), obturando así el duelo del fracaso de la política revolucionaria. Al contrario, es la condición de posibilidad histórica de producir un análisis comunista: aquel que, partiendo desde las crisis y conflictos de lo que ya-esta-siendo, tienda hacia lo que hoy se nos presenta como imposible: la supresión y superación revolucionaria del capitalismo. Se trata de comprender críticamente lo que es desde el punto de vista de lo que podría llegar a ser, pero que ya se anuncia de manera contradictoria en eso que es. De modo que la transformación radical de las relaciones sociales no es para un psicoanálisis una eventualidad histórica a corregir o constatar, sino la condición de posibilidad para la comprensión y combate contra esa misma organización social. Es necesario, en ese marco, trazar un *frente único contra la burguesía psicoanalítica, pero con independencia de clase*.

16.

El psicoanálisis freudiano, tal como es leído a la luz del freudo-lacanismo milleriano, sostendría que el síntoma es una solución de compromiso que implica cierta satisfacción pulsional: una satisfacción sustitutiva. El cual tiene, además, una faceta psíquica (representación, identificación, fantasía) y una faceta energética (pulsión, afecto, cuerpo). No nos detendremos en los mecanismos del mismo (representación ligada a afecto, mociones pulsionales inconsciente, represión, sobredeterminación, etc.) y en sus diferenciaciones (neurosis, histeria, etc.). Señalamos que el síntoma, a grandes rasgos, implicaría cierta “ganancia económica” para el sufriente. Una satisfacción paradójica inconsciente que, empero, conllevaría un beneficio para el que sufre. El psicoanalista Bruno Bonoris, a quien seguimos en su artículo “La invención lacaniana del concepto de goce” (2016), desde la órbita eidelszteniiana que pretende refundar los fundamentos teóricos del psicoanálisis lacaniano, resume esta cuestión con una claridad meridiana. En sus palabras puede leerse entonces que para el Freud que establece y del que se sirve el freudo-lacanismo milleriano: “1. Todo síntoma se compone de dos caras heterogéneas: una energética y otra representacional. 2. Un psicoanálisis solo puede tratar el aspecto psíquico del síntoma. La pulsión no puede eliminarse, en última instancia se deben buscar otros destinos pulsionales que impliquen un menor sufrimiento (como, por ejemplo, a través de la sublimación). 3. La pulsión y, por lo tanto, la satisfacción, provienen del interior del organismo. Es una exigencia de lo corporal a lo psíquico. 4. El síntoma implica una ganancia desconocida para el individuo. 5. El individuo deberá hacerse responsable de esta satisfacción en la medida en que proviene de su interior, de su propio ser”.⁵

⁵ Bonoris, Bruno. “La invención lacaniana del concepto de goce”. *Afectio Societatis*, Vol. 13, N° 25, 2016, p. 126.

17.

Para el freudo-lacanismo milleriano, la “roca viva” del síntoma se la asocia a lo incurable, y con ello, a lo “gozoso de síntoma” (goce privatizado, “singular”, inefable, “insuperable”). He allí lo sustancial del síntoma, aquello que resiste a lo simbólico: lo “real del cuerpo viviente”. Se trataría de “saber hacer algo con eso”. Hacer algo con la sustancia viva y “singular” que somos, fuimos y seremos. Origen y destino están soldados desde-siempre-ya por la sustancia del goce en la persona del individuo (extraña amalgama ontológica cuando se pretende una filiación freudiana). Hay que reconocerse allí; identificarse en el goce y responsabilizarse como “sujeto” del mismo. Hacerse cargo de lo incurable del “propio ser-hablante”. Cuando este último se yuxtapone en extensión, en el cuerpo 3D, con la porción de la materialidad social e histórica del individuo burgués (extraña coincidencia). La misma concepción del goce en el lacanismo lo vuelve impolitizable. El goce para el millerianismo es satisfacción sustitutiva de la pulsión en el síntoma; paradójico beneficio del “sujeto” en el sufrir. Bonoris delimita el problema con suma precisión: “1. Todo síntoma está compuesto por una cara simbólico-imaginaria (semblante) y una real. 2. El aspecto simbólico-imaginario del síntoma es aquel que puede ser tratado y modificado a través de la interpretación; la cara real, en un sentido estricto, no se puede eliminar. El goce del síntoma es incurable. El objetivo del análisis será, por lo tanto, saber-hacer con este. 3. El goce es un acontecimiento del cuerpo viviente, en otras palabras, del cuerpo real. 4. El síntoma implica goce, es decir, una satisfacción, una ganancia para el ser hablante. 5. Por último, en la medida en que el goce implica una satisfacción para el ser hablante, este deberá reconocerse en esa satisfacción; en otras palabras, responsabilizarse subjetivamente de su síntoma”.⁶

18.

La invención lacaniana en lo que al goce respecta, según Bonoris, que sigue en este punto la orientación del psicoanálisis lacaniano establecida por Alfredo Eidelsztein en *Otro Lacan* y otros textos, a contrapelo de lo que establece el millerianismo freudo-lacaniano, estaría ligada al hecho de reenviar el goce al discurso, al saber, al significante, al Otro. El goce no es ni se confunde con el ser del “individuo-hablante”. Para el proyecto colectivo de reconstitución de los fundamentos teóricos de un *psicoanálisis an-burgués*, este movimiento conceptual de desambiguación es fundamental. Puesto que, como bien demostró Marx con la economía política clásica, hay teoría y práctica de cuño burgués precisamente allí dónde se incurre en el ejercicio de hipostasiar una realidad *relativa* a la modernidad como realidad transhistórica (absoluto), o en su defecto, individualizarla. Es decir, quedar atrapado en alguno de los dos polos del

⁶ *Ibid.*, p. 129.

fetichismo de la mercancía (objetivismo sin sujeto, subjetivismo sin objetividad) y, con ello, presentar una parte (aunque la misma sea la diferencia, la contingencia, o la potencia plurívoca de la “viva”) como el todo. Ese infértil paralogismo de la extrapolación, esa unilateralidad reificada del pensamiento, sobredetermina el *fetichismo epistemológico* en lo que hace a la teoría psicoanalítica. De tal modo, para el programa de una orientación marxista del psicoanálisis, el trabajo en torno al goce realizado por el “psicoanálisis eidelszteniño” es necesario aunque no suficiente. Es imprescindible por ciertas razones, algunas de las cuales daremos a continuación. En principio dependía al marxismo en particular y a las teorías críticas en general de los lineamientos mínimos para reconstruir como posibilidad la elaboración de un psicoanálisis no individualista, no privatizante, no patriarcal, no deshistorizante, no naturalista (aquel que trueca el ser como deber-ser; que sostiene, a la freudiana, que la cuestión en último término viene del cuerpo propio, de lo intrasomático más o menos biologizado; de la hidráulica energética del quimismo sexual; de la propiedad corporal del individuo burgués). Se destaca también el hecho de contribuir a *desambiguar* el problema del goce en virtud de sortear la soldadura que en la actualidad amalgama una tal categoría como epifenómeno del individuo-hablante (no se lo llama así, pero así se lo concibe); y a este con lo “singular” o “irreductible”. Desambigua, asimismo, el problema categorial del goce de una yuxtaposición e indistinción que habitualmente opera con coordenadas conceptuales y clínicas de otros territorios teóricos y políticos como las dinámicas del placer-displacer, la voluptuosidad, el disfrute, etc.; pues el goce, en tanto término teórico que rige la práctica establecida en el lacanismo, no es el placer o el displacer. Aunque insuficiente para una orientación marxista, el “psicoanálisis eidelszteniño” nos advierte entonces, sea cual sea la retórica libertaria, distribucionista, o ilustrada que se asuma, que sin tal desambiguación la consideración freudo-lacaniano del goce está cargada teóricamente y conduce en términos estrictamente políticos al ejercicio de un *punitivismo individualista sobre-culpabilizante del que sufre*.

19.

La insuficiencia de un decisionismo teórico-político que explore la pregunta por el *funcionamiento inconsciente y la producción históricamente específica* del goce con la radicalidad anticapitalista que la misma habilita (con Lacan pero asimismo necesariamente contra él, dado cierto sesgo burgués del psiquiatra y algunas inversiones idealistas de sus discipulxs), incluso en los exámenes más lúcidos, encuentra solución de compromiso en la *sobre-culpabilización individualista* de los actores particulares y/o agentes colectivos ante la experimentación de sufrimiento que resulta como producto de la dramática elaboración activa de la objetividad social en el sujeto de la acción/pasión (“sufre porque goza”). Esta sobre-culpabilización tiene eficacia tanto en

lo que hace a la extensión del psicoanálisis por parte del marxismo hacia su campo de problemas como así también a nivel del quehacer de los practicantes del psicoanálisis hegemónico. Al parecer todo sería sencillo si se resumiera a una cuestión *cuantitativa*: regular la distribución (“democratización del goce”) y bajar/aumentar el consumo de goce (“mucho goce”, “poco goce”). Pero el problema responde a una cuestión *cualitativa*: el goce es una forma históricamente determinada de dominación inconsciente de las relaciones capitalistas extendidas en todo el campo social. Yendo hacia esa raíz del asunto, no para desestimar el consumo y la distribución sino para explicitar que todo es producción (producción de producción, producción de reproducción, producción de distribución, producción de consumo), se accede a los verdaderos problemas.

20.

La sobreculpabilización de los particulares respecto al sufrimiento psíquico en la que incurre el psicoanálisis de orientación burguesa forcluye toda la potencialidad anticapitalista que anida en el problema del goce en la modernidad. Para el proyecto de reconstrucción intergeneracional de una orientación marxista en psicoanálisis, contra el punitivismo psi en el que pretende adoctrinarnos el millerianismo y sus correas de transmisión editorial-institucional, se presenta el desafío teórico de relanzar el problema desde un *materialismo comunista* que asuma una perspectiva de *crítica inmanente y radical de la totalidad antagónica del patriarcado capitalista*. En ese marco, para nosotros, la pregunta, ya no por el quién, sino por el qué del goce, encuentra como referencia ético-política la siguiente afirmación marxiana: “mi punto de vista [...] menos que ningún otro podría responsabilizar al individuo por relaciones de las cuales él sigue siendo socialmente una criatura por más que subjetivamente pueda elevarse sobre las mismas”.⁷ Entiéndase, no se trata con esto de prescindir de la categoría de responsabilidad, sino de intentar calibrar la realidad que la misma encuentra en la modernidad en general y respecto al problema del goce en particular. No se trata de negar la eficacia histórica de la jurisprudencia burguesa; tampoco las potencialidades que podrían anidar en el aparato político, jurídico y represivo del Estado; o en los usos políticos que pueden hacerse de la condensación de las correlaciones de fuerzas en el régimen del derecho moderno y la democracia capitalista. En cambio, es necesaria una politización tendiente a la desfetichización de la responsabilidad burguesa partiendo de la complejidad que nos constituye como individuos escindidos. En el capitalismo las personas no podemos dejar de experimentar-ser sujetos de la acción/pasión en las prácticas concretas. Ser sujetos independientes, autónomos, libres de la acción/pasión es una exigencia fundada históricamente en la modernidad. Es cierto. Ahora bien,

⁷ Marx, Karl. *El capital. Crítica de la economía política*. Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2010, p. 7.

también es cierto que las personas y/o grupos que encarnamos la *función sujeto*, en una y la misma porción de la materialidad social, en un mismo espacio-tiempo llamado cuerpo, no podemos sino funcionar como objetos-agentes de autovalorización del valor. La burguesía psi forcluye una y otra vez este segundo momento erigiendo lo que llaman “responsabilidad subjetiva”, y escotomizando el hecho de ser activos productores inconscientes de la dominación e individuación del capital.

21.

Lucha de clases también en la praxis psicoanalítica. En nuestra confrontación deliberada con la burguesía psicoanalítica la consideración de la realidad preindividual y objetiva (“se goza”, “eso goza”, “se es gozado”) del goce anónimo del capital porta consigo una doble finalidad: teórica y política. La cuestión reside en comprender y combatir, diría León Rozitchner, la *sujeción inconsciente* de los actores particulares y agentes colectivos que se encuentra involucrada en la *satisfacción compulsiva* del capital. Es decir, dar cuenta de la *abstracción social* de ese goce vacío e impersonal en tanto que *función compulsión/sujeción* introducida por la explotación de la producción inconsciente que activamente procesamos en las relaciones sociales. Funcionando lo inconsciente como máquina abstracta: impersonal, cuasiautomática y autonomizada que se construye, cada vez de manera procesual y relacional, como orden social institucionalizado (simbólico y material) históricamente situado, complejo y cambiante de determinaciones (reales) que constituye (imaginario) a los sujetos de la acción/pasión que asimismo lo producen en la inmanencia de sus prácticas concretas.

22.

El capitalismo, como orden cambiante, finito y superable socialmente institucionalizado, supone, según Nancy Fraser, el establecimiento de ciertos límites históricos inestables que disocian las relaciones masculinizadas de producción (trabajo productivo reconocido y asalariado) de las relaciones feminizadas de reproducción (trabajo doméstico y trabajo reproductivo no reconocido, mal pago, o no asalariado), configurando un patriarcado cisheterosexual específicamente capitalista indisociable de las fronteras porosas que escinden lo humano de la naturaleza no-humana, lo económico de lo político, la explotación de la expropiación racializada, colonialista e imperialista. Esa pluralidad de prácticas sociales y límites contestables responde a la tendencia de la modernidad capitalista a la diferenciación; es decir, la diferencia es una posibilidad histórica abierta por la pragmática de la relación social capitalista. Es el valor aquella dinámica equivalencial que articula de manera transversal esas “múltiples ontologías”: la lógica del capital, que es pura inmanencia, atraviesa todas esas “esferas diferen-

ciadas” de la modernidad, en una tendencia a la subsunción que resulta imposible de realizar plenamente. Pero para el marxismo, también en psicoanálisis, sólo hay un Sujeto de la sociedad: el de la totalidad contradictoria: el capital en tanto que valor-que-se-auto-valoriza. Es a partir de esto que conjeturamos que el capital, en cierta forma y hasta cierto punto, es “responsable” como Sujeto del goce producido en el sufrimiento. El movimiento comunista internacional es esa tradición viva en la cual uno está advertido de la necesidad de destruir, a través de la construcción colectiva de un sujeto antagonista en la lucha política, pero también a partir de la recomposición de una cultura socialista prefigurativa en las prácticas cotidianas (de sí y con otrxs), organizaciones políticas y movimientos sociales, al capital como Sujeto del modo de producción y reproducción. Nosotros, por tanto, estamos instados a responder de la posición que le asignamos al sujeto (“De nuestro planteo, concepto, postulación del sujeto somos siempre responsables”,⁸ en la traducción eidelszteniana del *dictum* lacaniano). La *posición crítica* que le asignamos al Sujeto no se reduce a una porción de la materialidad social que coincide con el “individuo-hablante” o el “cuerpo deseante”, ni con la estructura transhistórica del lenguaje como apriorismo trascendental omnicomprendivo, sino que remite a la dialéctica contradictoria de la totalidad concretamente antagónica en la modernidad capitalista.

23.

Para un psicoanálisis marxistamente orientado, el goce no podría ser una positividad imposible de negativizar (Miller), sino una *categoría negativa* de la sujeción anónima al capital. El cuerpo afectivo que una persona es no goza en el sufrimiento psíquico que padece. Si el Sujeto Automático del metabolismo social moderno no podría ser otro que el capital social global, como señala Marx en *El capital*, entonces toda ganancia, excedente y goce también lo son. El capital produce e inhibe las diferencias pero en un proceso de subsunción de las mismas bajo la equivalencia del valor. La imagen del capital como un “parasito exterior” que “vampirizaría” el inconsciente desde el exterior es tan idealista como infructuosa. Las relaciones de poder del capital, por caso, no impide desear: hacen desear; diversifican y cualifican el nexo social en el mismo movimiento en que tales riquezas materiales resultan estructuradas bajo las compulsiones indistintas y cuantitativas de la plusvalía. La pragmática de la forma-valor no es el *a posteriori negativo* del inconsciente, sino su *a priori positivo*. En tanto que *fuerzas de trabajo deseante y semióticas* somos empleados por el movimiento de dominación capitalista. Producimos un excedente que tiende al enriquecimiento del capital que goza de nosotros. Si el goce es producido como excedente y fuente de ganancia, en-

⁸ Eidelsztein, Alfredo. “La responsabilidad subjetiva”, *op. cit.*, p. 14.

tonces el modo de producción inconsciente obedece a la misma lógica que el modo de producción capitalista, pues las fuerzas, agentes y relaciones capitalistas constituyen las categorías y unidades de producción inconsciente. Allí el capital explota el valor de uso de nuestras vidas, en la medida en que el goce concreto se transforma en goce abstracto. Todo resto concreto, entonces, tiende a ser usufructuado por la máquina del capital. Pues si ahora mismo es posible conjeturar que persisten “zonas del mundo de la vida” no subsumidas a la dinámica del capital, no obstante la tendencia del capitalismo es probablemente subsumir (y/o destruir) todo lo existente en un automatismo autotélico y desigual. Si ese goce no sirve para nada y es incontable, según leemos en Lacan, lo es en tanto que el capital se produce, con indiferencia respecto a cualquier necesidad y demanda concreta, como la insistencia improductiva (“antiproducción”) producida en el seno de la producción y reproducción en sí mismas. Por el cual el capital tiende a apropiarse de todo excedente (pues, hay que decirlo, incluso los excesos corporales y gastos inútiles devienen tarde o temprano contables). He aquí un proceso autoreferencial y ciego orientado a la ganancia que satisface la acumulación ampliada. Si acaso hubiera derroches y sobreproducción en el metabolismo inconsciente de la producción social, semiótica y deseante, eso sólo responde al hecho según el cual la misma valorización del valor tiende a su propia *desvalorización destructiva*.

24.

El capital, que es producto de las potencias sociales enajenadas del trabajo vivo, se autopone como fundamento de la producción social. Las potencias del trabajo se coagulan entonces como potencias del capital global en tanto relación social general. Esto conlleva a una organización de las relaciones históricas de saber, poder y subjetivación-objetivación, donde lo condicionado (valor) deviene condición “incondicionada” de lo condicionante (trabajo). Esa *inversión originaria* se ubica en el centro del problema de la crítica de la economía política del goce. Allí nadie gana con el Goce, puesto que si bien hay ciertos sectores (los dueños de los medios de producción, circulación y subsistencia) que obtienen ganancia de eso evidentemente, los mismos no controlan el proceso compulsivo de la valorización sino que son los siervos privilegiados de ciertos imperativos estructurales. La vida, tendencialmente, ya no resulta gozada ni por lxs trabajadorxs explotadxs ni por lxs capitalistxs explotadorxs. Tanto unos como los otros son gozados desigualmente por el capital. Desde el punto de vista de una crítica de la totalidad, las clases sociales, en su antagonismo irreconciliable, son apéndices del capital. El capital sólo existe a través de la lucha de clase, pero la lucha de clases, como también la oposición plurificada entre capital y trabajo, o entre reproducción del capital y sostenibilidad de las vidas, es inmanente a las *categorías* (trabajo abstracto, mercancía, dinero, valor, etc.) de mediación objetiva-subjetivas del capital. Esas

categorías no son sólo económicas, sino que tienden a atravesar de forma constitutiva todas las relaciones sociales (políticas, culturales, etc.), pues hacen a la autoproducción inmanente de la sociedad como tal. Por eso es lógicamente imposible eludir, en la propia vida concreta, la tendencial eficacia inconsciente de la dominación inherente a las categorías sociales capitalistas.

25.

Para el marxismo en psicoanálisis, es un desafío teórico, ético y político indelegable, contra el punitivismo que campea en las tendencias hegemónicas del psicoanálisis burgués, sostener que las personas no gozan en el sufrimiento. No hay satisfacción paradójal en el padecer. Nadie goza en el sufrimiento que produce la sujeción compulsiva a la lógica del capital. Los proletarios no obtenemos una ganancia sustitutiva en la explotación. Las personas que sufren violencia de género no gozan en la reproducción del sistema patriarcal. La única ganancia global, la apropiación del exceso semiótico y deseante que se produce eventualmente en la producción inconsciente del sufrimiento social particularmente experimentado, es de la dinámica social dominante. Cualquier ejercicio concreto de politización anticapitalista del síntoma empieza por aquí. *Crítica radical inmanente y política comunista del síntoma*. El goce, en efecto, es satisfacción inconsciente del capital en la autonomización del automatismo del valor respecto al sufrimiento desigual que produce en las personas y/o grupos que asimismo lo reproducen. Satisfacción en la independización de una lógica material de explotación clasista y opresión sexista y racista que se reproduce sin miramientos respecto de los padecimientos psíquicos y corpóreos que suscita.

26.

Un psicoanálisis de orientación marxista tiene el objetivo prioritario de elaborar, en principio, una crítica-clínica y una clínica-crítica contra las formas históricas de dominación inconsciente en el capitalismo como patriarcado productor de mercancías (valor, dinero, mercancía, Estado, falo, trabajo abstracto, etc.). La cuestión pasa por concertar un análisis situado de las determinaciones inconscientes de la experiencia concreta (psicoanálisis), sobre fondo de una crítica en torno a la eficacia de las relaciones básicas de la producción (marxismo) y reproducción social (feminismo). Las categorías de un psicoanálisis marxista son *categorías negativas y críticas históricamente específicas*. Por lo que no tienen una validez y alcance transhistórico. Así entendemos las nociones de goce, deseo, trabajo inconsciente, totalidad, o dialéctica. En tal sentido, no realizamos una crítica de las relaciones capitalistas “desde el punto de vista” del trabajo, el deseo, la singularidad irreductible, o las multiplicidades; como si se tratará de presupuestos

dados y antepuestos al capital colonizados de modo exterior. En la línea abierta por la teoría crítica y seguida por Moishe Postone, operamos una crítica inmanente del trabajo inconsciente (producción semiótica y deseante) en condiciones capitalistas. Tales categorías sociales son *intrínsecamente problemáticas*. Se elaboran en virtud de concertar una crítica radical y un análisis inmanente respecto a las relaciones sociales que las constituyen. Son producto de las producciones sociales (libidinales, semióticas, etc.) que asimismo se disponen politizar. Así pues el *horizonte normativo* de una intersección entre crítica y clínica no responde sólo a un criterio cuantitativo (correctivo y reformista) de reconocimiento, redistribución y representación imprescindible del malestar y las diferencias (“crítica artista”), sino que en lo fundamental refiere a un criterio cualitativo (“crítica social”). A saber: la realización de una crítica radical y una clínica política que, bajo la forma teórica y práctica de un psicoanálisis marxista, enfrente la eficacia inconsciente de las dominaciones históricas que producen padecer en el horizonte estratégico de su transformación radical y abolición revolucionaria.

27.

Donde eso valoriza, goza. El capital es el sujeto del proceso de vida material. Los dueños del capital constante (la clase capitalista) y los poseedores de capital variable (la clase obrera como personificación de la mercancía-fuerza-de-trabajo) somos inmanentes al proceso del valor. Algo, no alguien, se satisface en el absurdo proceso de valorización del valor. El goce, que no se reduce en último término a una economía del placer-displacer, tampoco se define en tanto *goce del Otro* (simbólico), o *goce del cuerpo* (imaginario). Por el contrario, afirmamos: *no hay goce sino de lo real capitalista*. Decir “ella goza”, “él goza”, “tú gozas”, “yo gozo”, “nosotrxs gozamos”, es un robinsonismo absurdo. La sujeción anónima de la sociedad bajo el capital se realiza allí donde lo concreto, en tanto forma material, tiende a devenir mero soporte de goce de lo abstracto (forma social abstracta). Está inversión por la cual lo concreto y sensible se presenta como forma en que se manifiesta lo general y abstracto, es la característica del valor. Las relaciones sociales en el capitalismo se producen orientándose con arreglo a la reproducción del *automatismo de repetición capitalista* (valor-que-valoriza). Líricamente dicho: la sed de goce del Capital es ilimitada, pues no cuenta con otro límite más que su propia determinación tautológica (D-M-D’). Ese goce, tampoco es hambre de nada en concreto, sino reproducción abstracta y cuantitativa, indiferente a las cualidades concretas, presentada como imposibilidad de llenazón por su misma lógica de crisis inmanentes atravesadas por una lucha de clases generalizada en todos los poros de la sociedad. Es necesario, ante ello, llevar el goce capitalista hacia el límite de su propia *autocrítica*.

28.

El goce clasista, patriarcal, racista, colonial, etc., del capital supone el ejercicio (encarnado) del proceso abstracto de valorización, el cual se fundamenta en una articulación lógica de la totalidad antagónica (es decir, desagarrada por el antagonismo de clase) que no depende de las voluntades conscientes de las personas y tiende a responder a la deliberación de los agentes colectivos que lo producen. Tanto los burgueses como los proletarios participamos de manera inconsciente, como agentes de las relaciones sociales en la práctica concreta, de la satisfacción del valor. Por eso estamos en contra de nosotros mismos como agentes del valor. La forma social de las categorías reales del capital expresan el singular modo de organización histórica de las relaciones sociales de producción, intercambio (simbolico, afectivo, etc.), distribución, consumo y reproducción. En tales categorías políticas se condensa el conflictivo social y el antagonismo de clase. Las categorías del capital, en tanto formas históricas de las relaciones sociales, ofician como mediación objetiva que constituyen modos de dominación y de subjetivación. La ley del valor es el patrón elemental de la individuación. Todas las formas de existencia, en el capitalismo, tienden a asumir la forma social de las categorías del capital. Tal es así que nuestras relaciones sociales configuran una mediación enajenada (trabajo inconsciente) que se desarrolla a expensas de los contenidos sensibles que la constituyen, imponiéndose por sobre los individuos y las clases como una síntesis social a la que siempre-ya es necesario ajustarse incluso para combatirla. El capitalismo, conforme se intensifica el tiempo abstracto y se expande el espacio funcional a la dinámica del valor, se convierte en una violencia material insensible que produce y obtura las contingencias de la autodeterminación social.

29.

El goce capitalista no tiene como función colmar una necesidad determinada, sino satisfacerse a sí mismo en un ciclo imposible de saciar, el cual se desarrolla a costas de la sustentabilidad de las vidas y a través de la explotación de los cuerpos afectados de inconsciente. La forma-capital constituye un goce imposible de colmar por definición. Las necesidades concretas (cualitativas, vivas, multidimensionales) conforman, cada vez más, meros medios para la satisfacción ampliada de las necesidades (cuantitativas, muertas, unidimensionales) del capital. La universalidad abstracta y homogénea del valor capitalista está en contradicción con la universalidad concreta y heterogénea de la reproducción de las vidas. Pero ambas son inmanentes al carácter bifacético de las relaciones sociales, pues el mismo nexo social moderno tiende a plurificar las riquezas sociales, valores de uso y modos de vida en el mismo movimiento en que las unifica bajo la meta inapelable de la ganancia por la ganancia misma. La lógica del capital es

inconsciente porque no supone una conciencia intencional que guie sus desarrollos. Por eso constituye una forma semoviente que es más que la mera adhesión empirista de las particularidades (sea que esta se atribuya a la sumatoria de capitales, la peculiaridad de los pueblos, la avaricia de los burgueses, las prácticas concretas y las diferencias, etc.), o la dispersión ontologicista de las contingencias. Esa lógica de articulación transversal, que recorre de manera interna todas y cada una de las relaciones sociales pero de forma no cerrada ni teleológica, no se reduce a ser un modo homogeneizante de producción de objetos. Es también una máquina heterogenética de subjetivación. El capital es pues el *asunto, el tema, el Sujeto* de la lógica de la sociedad moderna. Máquina abstracta y universal que, al producirse cada vez en situaciones concretas y prácticas situadas, no se superpone ni confunde con las funciones de lo particular: la persona propietaria, el cuerpo individual, el ciudadano, el proletariado, el consumidor, o el empresario-de-sí. Desde Marx, el capital constituye una relación social tendencialmente universal y, a su vez, es la *singular forma histórica* del metabolismo social inconsciente. Las categorías de la economía política *son* las categorías históricamente específicas de lo inconsciente estrictamente capitalista.

30.

Eso que goza en el sufrimiento es la dinámica de explotación y subsunción tendencial del sistema de producción dominante. Lo cual no se confunde con el goce mortífero, la pulsión de muerte, el goce fálico, o con lo que el millerianismo, traficando cuasi sin mediación su posicionamiento patriarcal, establece como goce femenino. Insaciable y vacío, el goce-capital no es una energía que proviene del interior de la sustancia viva (como sostiene cierto psicoanálisis). Si bien no está en ninguna parte, tiende a producirse en todo el espacio-tiempo social puesto que no tiene un contenido determinado, ni una ubicación concreta empíricamente verificable. No es lo que queda como resto incalculable, real incurable, singularidad destinal, o excedente sin proporción respecto de la inscripción tendencialmente universal de la forma abstracta de mediación capitalista. Es la premisa de la politización de la producción inconsciente del síntoma social particularmente experimentado.

31.

La satisfacción del goce-capital responde a un circuito automático cuya repetición, mediante la explotación sistemática de las fuerzas de trabajo deseante y semiótica, lo vuelve a desplazar en un nivel cualitativo y cuantitativo siempre más allá (*plus-de-goce*). Llamamos plus-de-goce a la *autonomización exponencial* del automatismo de la dominación capitalista. Junto a la plusvalía, el capital gana un plus-de-goce: un exce-

dente, o mejor dicho un exceso de autonomización de su propia dinámica automática de dominación anónima. Pero este plus-de-gozar es una abstracción, ya que el capital sólo puede gozarse a sí mismo mediante la explotación concreta de las fuerzas de trabajo vivo. Este plus-de-goce se padece negativamente como un malestar desigualmente distribuido. Lo que es excedente de goce para el autonomización de la dominación del capital es incremento en el automatismo de la sujeción inconsciente de las fuerzas de trabajo deseante y semiótico. En tal sentido, el goce del capitalismo implica una exigencia de imposible satisfacción plena del capital hecha hacia el cuerpo y lo psíquico, ya que la forma social, a pesar de su carácter abstracto, no puede sino estar encarnada de manera evidentemente conflictiva como modo de existencia particularizado que nos sujeta. Así, el cuerpo “significantizado”, o el significante “corporeizado”, desde el punto de miras de una crítica de la totalidad, son más que soportes concretos pues allí se elabora, activamente, el goce impersonal de lo abstracto.

32.

En cuanto goza con la explotación incesante de los cuerpos productivos y reproductivos vueltos predicado de sí, la Sustancia-Sujeto es indiferente respecto de sus efectos. Si el padecimiento que produce la repetición inconsciente del automatismo capitalista se nos torna cada vez más insoportable, esto responde a que este proceso no conoce otro fin que la acumulación y la constante reproducción ampliada de la misma como concentración y centralización tendencial de riqueza y poder. Donde lo humano, la reproducción, la técnica y la naturaleza no-humana se tornan cada vez más meros medios de la auto-valorización-del-valor. Hay una indiferencia radical y destructiva del automatismo social del capital respecto del sufrimiento desigual que produce. Esto involucra un desarrollo cuantitativo e insensible sin miramientos por el padecimiento cualitativo y sensible (actual o virtual). Este proceso absurdo tiene un *potencial destructivo* inmanente que tiende a reproducir condiciones de existencia miserables en el mismo movimiento en que multilateraliza los modos de vida y suscita formas históricamente plurificadas de malestar social, sobre fondo de la dirección del sentido social hacia el fin-en-sí del producir por producir, el trabajar para trabajar y el dinero que engendra más dinero.

33.

Qué horror haber alojado el goce en el “sujeto particular”, o en su defecto, en el cuerpo pseudobiologizado. En la sociedad de la mercancía, hay un sólo y mismo goce; indiferente a la multiplicidad de sufrimientos psíquicos producidos. El padecer es aquello que *se goza y es gozado* en el proceso de satisfacción de esa abstracción incolmable

llamada valor. La totalidad contradictoria y concreta del capitalismo, sus múltiples determinaciones, se instancian en el padecer psíquico y corporal. El Sujeto del goce es el capital, sufrimos sus dictámenes inconscientes. Reproducimos los automatismos que la forma del valor motoriza. No podríamos, en general, dejar de hacerlo aunque es evidente que las formas complejas y concretas de vida no se deducen de la forma simple y abstracta de la determinación general. La determinación social de las cosas, los signos y los seres como mercancías, se torna cada vez más universal, porque debido a la mediación dineraria el modo de producción capitalista tiende a convertir a cada recoveco de la fuerza de trabajo (imaginación, deseo, comunicación, seducción, los sueños.) en una mercancía que nos determina de espaldas a nuestras representaciones. En ese sentido sostenemos que el goce, en tanto máquina productivo del capital, no es una esencia sustancial y naturalmente dada, ni tampoco una realidad ontológica inherente a la antropología humana, un dato neutro del relativismo de la sociabilidad cultural, o una invariante estructural transhistórica. En cambio, constituye una categoría crítica de las relaciones sociales establecidas. Y esto porque las prácticas sociales fetichistas, inherentes a tales relaciones sociales, se encuentran dominadas por una *forma política* de compulsiones anónimas y autonomizadas. Esas compulsiones ciegas no son neutrales, puesto que lo cuenta es que las mismas sean padecidas como tales. Hete aquí el “terrible descubrimiento de Marx”: “que no hay nadie que lleve las cuentas del sufrimiento y del goce, y que ésa es la dominación que ejerce el dinero-capital”.⁹

34.

No negamos el hecho según el cual el que goza en la experimentación del sufrimiento, siempre, sea el Sujeto. No obstante, prescindimos de ejercitar una denegación política, ética y teórica respecto a los aportes que ofrece el archivo de la crítica de la economía política. Resulta para nosotros “marxistamente imposible” no sostener que, en el capitalismo, hay un solo y mismo “Sujeto del goce”. El Sujeto respecto del cual el lacanismo dominante presupone un goce en el sufrir (y que en su declinación clínica, tal como señalamos, suele reducirse torpemente al individuo corporal), en última instancia, no es sino el capital; el cual es, en último término, el Sujeto del inconsciente que subtiende al “sujeto de la ciencia”, al “sujeto del *cogito*”, o al “sujeto burgués”. Entendemos que el goce en tanto que goce del Sujeto no podría ser sino goce del Capital, al ser el capital el Sujeto de la totalidad. Pero, vale aclararlo, tanto la totalidad como la dialéctica, en un psicoanálisis marxistamente conformado, son objetivos de la crítica radical. La *categoría crítica* goce del Capital alude, en cuanto relación social global, al Sujeto inconsciente de todo goce socialmente producido en la totalidad contradictoria

⁹ Lyotard, Jean-François. *Economía libidinal*. Ciudad de México, Fondo de Cultura Económica, 1989, p. 116.

del capitalismo. El capital es una lógica negativa y destructiva que se goza a sí misma a través del padecimiento que suscita al sobreexplotarnos y con nuestra participación concreta en su producción y reproducción inconciente, pero a pesar de los anhelos preconcientes o en contra de nuestros intereses (de clase). *El capital es un antigozo*. A este respecto, los actores particulares, al tiempo que no pueden dejar de experimentarse como sujetos de la acción/pasión, se constituyen asimismo como objetos-agentes de satisfacción de una tal objetividad gozante. En torno a esta faceta de la constitución escindida de los actores sociales, el psicoanálisis en su tendencia hegemónica no suele hacer recuerdo.

35.

Una sociedad que tiende a reducir toda actividad vital a la categoría real de trabajo abstracto realizado de manera privada por poseedores de mercancías de manera independiente, no podría sino resumir todas las excedencias en un mismo y solo Goce Abstracto. El aumento cuantitativo de la ganancia involucra también un vector cualitativo: la merma de goce concreto del trabajo vivo es suplemento de goce abstracto del trabajo muerto. Esto es inseparable de un proceso de descualificación generalizada bajo la frialdad recursiva del equivalente dinerario con el cual el capital nos goza al explotarnos tanto de día como de noche. Allí la economía política (valor), la economía libidinal (deseo) y la economía semiótica (signo) son puestas a trabajar en inmanencia a la economía del goce (capital). En otros términos, la crítica de la economía política se extiende como crítica de la economía libidinal, crítica de la economía del signo y crítica de la economía del goce. La *lógica incompleta, indecidible e inconsistente* del capital, es decir su despliegue como dinámica contradictoria y antagónica con crisis sistémicas regulares atravesadas por la lucha de clases, se satisface compulsivamente al autonomizarse de modo automático la producción de valor de espaldas, pero con el indefectible concurso, de las personas que lo producen aunque sin miramientos por el sufrimiento desigual que suscita en las mismas. Esa es la lógica del goce en el capitalismo. Y por eso, es necesario abolirla.

36.

El desafío de un psicoanálisis marxista estriba en desprivatizar, despseudologizar e historizar el sufrimiento para reenviar la compulsión del goce a una satisfacción imposible de resignar por el Sujeto de la totalidad. Todo y cada uno de los síntomas que se efectúan a nivel del campo subjetivo implican goce; no negamos eso. Precisamente, involucran una satisfacción contradictoria y conflictiva, pero donde aquello que se satisface en el sufrimiento psíquico no es otra cosa que la lógica social total del modo de

producción dominante. Es por ello que el goce en el síntoma no es “incurable”. De hecho, la orientación marxista en psicoanálisis establece como horizonte estratégico la *abolición revolucionaria del goce del Capital*. O mejor dicho: suprimir el trabajo del deseo inconsciente que satisface el gozar del capital. Esta perspectiva abolicionista no define una visión transhistorica que propugnaría por la abolición definitiva de todo goce posible en una sociedad postcapitalista. No sabemos qué pasará con eso en un más allá del capitalismo. Por lo pronto, se trata de politizar de manera situada el sufrimiento psíquico en inmanencia a la forma de organización históricamente determinada de las relaciones sociales en donde se satisface el Sujeto.

37.

Atribuir un goce que remita a cualquier “beneficio secundario” o “satisfacción paradójica” de los actores particulares o agentes colectivos en la experiencia del sufrimiento, en última instancia, redundará en una inversión fetichista en el orden de las determinaciones. La posición teórica que se presupone y la posición política a la cual conlleva esa inversión, por sobre todas las cosas, es una *verdadera canallada*. El problema, parafraseando a León Rozitchner, es politizar, destruir y eventualmente superar la reproducción del *terror capitalista* que oficia en el individualismo burgués que matrizó el lacanismo históricamente hegemónico en la Argentina. Lucha de clases en psicoanálisis. Poner en crisis estas cuestiones es nuestra primera *tarea negativa* en el proceso intergeneracional de reconstitución colectiva de un psicoanálisis marxista. Una primera *tarea positiva* podría consistir en construir una herramienta colectiva de socialización y articulación de experiencias en virtud de componer un frente único que, mediante el anudamiento de diversas tendencias transformadoras implicadas en prácticas políticas, teóricas y clínicas, avancen disputando contra la hegemonía del freudolacanismo como forma concreta del psicoanálisis postdictatorial en Argentina.

* * *